



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

LA VEGUILLA 2026

Esta mañana, nuestra alegría pascual tiene un nombre entrañable: La Virgen de la Veguilla. Este lunes de Pascua, la ciudad de Benavente se detiene para mirar a su Madre. El Evangelio que hemos escuchado nos lleva a un escenario de contraste: el Calvario. Sin embargo, no hay contradicción, porque la Virgen que hoy festejamos, como nuestra patrona, con flores y vítores es la misma que, en silencio y con una fortaleza sostenida por la fe, permaneció en pie junto a la Cruz.

Es el testamento de un amor que se desborda: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Jesús está fundando la comunidad del cuidado. Al entregarnos a su Madre, nos está diciendo que nadie en Benavente, ninguna familia que lo estén pasando mal, ningún enfermo en el hospital, ningún joven sin horizonte, debe sentirse huérfano.

Nuestra Virgen de la Vega es la respuesta de Dios a toda soledad. Ella que recibió al discípulo amado, nos recibe hoy a nosotros. Y, aprendemos de ella su estilo, el estar al pie de las cruces de los demás, con esa discreción valiente que solo el amor conoce: El Evangelio nos habla del costado traspasado de donde brota “sangre y agua”: Nuestra tarea es convertirnos en transparencia de Dios, una fisura a través de la cual vislumbrar la eternidad. Nuestra tarea es ser un dedo señalando a Jesucristo, un subrayado de algunas de sus palabras del Evangelio, un faro. Pero nuestra tarea, nuestra misión de hijos de María, es aún mayor: es vivir la vida de Dios; poder decir, como Pablo: “Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí” (Gal 2, 20). Y Cristo vive en mí si yo tengo sus mismos sentimientos, su madurez, si tomo sus mismas decisiones, si prefiero lo que él prefería, si me opongo a las mismas cosas a las que se oponía él; si soy, pues, encarnación del Evangelio. La tarea del discípulo es esta: Un corazón abierto, que es sal, luz, levadura, semilla, piedra viva, pan partido para quien tiene hambre y para la paz del mundo. Es

la infinita posibilidad de conformar nuestra vida con Jesús; al menos ser una imagen incipiente de Cristo, un alba de Cristo.

Cuando intuimos que nuestros corazones están secos por el desánimo o la rutina. Miramos a nuestra Patrona y recordamos que el Amor de Dios ha sido derramado. De la herida de Jesús nace la vida, y de la mano de María esa vida llega a nuestros hogares y ella se hace madre de la Iglesia. Ella, “la tierra fértil” que acogió la Palabra; nosotros como hijos suyos, estamos llamados a ser también tierra buena donde germine la fraternidad, la justicia y la paz.

Benavente hoy es un estallido de luz y de la alegría de saberse amados. Miramos el rostro de nuestra “Imagen” y escuchamos que el dolor no tiene la última palabra, sino la Vida.

La fiesta de la Veguilla nos recuerda que María es nuestra abogada y protectora. Como hizo el discípulo Juan, hoy volvemos a “llevarla a nuestra casa”, a nuestras preocupaciones, a nuestras alegrías, a nuestros proyectos.

Que la Virgen de la Vega nos ayude a ser una Iglesia que, como ella, sepa pasar del dolor de la Cruz al gozo de la Resurrección, siendo siempre bálsamo y esperanza para los que sufren.

Que nuestra Madre nos enseñe a mirar el costado abierto de su Hijo para que, de nuestras propias manos, también broten manantiales del agua de la caridad y la sangre del sacrificio compartido.

¡Feliz fiesta de la Veguilla a todos!